

Capítulo 15

FÉLIX DENEGRÍ LUNA

Homenaje



HOMENAJE A FÉLIX DENEGRI LUNA

Copyright © 2000 Fondo Editorial de la
Pontificia Universidad Católica del Perú
Av. Universitaria, cuadra 18, San Miguel
Telefax: 460-0872
Teléfonos: 460-2870, 460-2291 anexos 220 y 356
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados, prohibida la reproducción de
este libro por cualquier medio total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Primera edición: diciembre del 2000
500 ejemplares
Impreso en Perú - Printed in Peru

Hecho el Depósito Legal, Registro N° 1501222000-4715
Obra completa: ISBN 972-42-376-X

Cubierta:

Diseño y diagramación: Gisella Scheuch
Impresión: Siklos S.R.Ltda.

Para un recuerdo de Félix Denegri Luna

ARMANDO VILLANUEVA DEL CAMPO

*Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver!
Cuando quiero llorar, no lloro...
y a veces lloro sin querer*

RUBÉN DARÍO

A Félix Denegri lo conocí en un colegio de los hermanos Maristas: el San Luis de Barranco. Yo terminaba secundaria. Él todavía estaba de pantalón corto. Esto del pantalón corto, o largo y también «a la rodilla» en esos tiempos tenía relación con la edad. Hoy esta referencia ha desaparecido ante la invasión del pantalón holgado «a la pantorrilla» que se usa en cualquier tiempo. Mas comenzando la década de los treinta el «pantalón corto» era común en adolescentes y quinceañeros. Y fue en tales días que traté con el mayor de los Denegri Luna.

Sucedía que yo y otros escolares que vivían en Miraflores, al terminar las clases y salir en «la fila» que conducía el hermano Rubén hasta la avenida Grau, tomábamos la ancha calle de Pérez Roca enrumbando a pie al vecino balneario. Y la casa de la familia Denegri Luna quedaba precisamente en tal vía. De aquí que los mirafloresinos Aranas y Fernández, González y Villanueva... marchábamos a la par de los niños Denegri que quedaban en su casa. Algunas tardes los esperaba su padre don Félix Denegri Rospigliosi. Era este un caballero alto y delgado de cabeza grande y frente alzada avanzando con la calvicie. Nos deteníamos a veces a conversar con él, pues era muy cordial con la gente joven. Y esto motivó mi acercamiento con los hijos mayores, Félix y Roberto, no obstante que yo les llevaba algunos años que a esas edades significan mucho. El padre de don Félix, don Américo, había venido de Chiavari, Génova, a fines del siglo XIX, en un barco familiar pues era hijo de armador y señor de flota. Yo vi en esa casa de Barranco una fotografía de este caballero y una maqueta de barco. Don Américo fue director del Banco Italiano (hoy de Crédito), presidió Tranvías del Perú, fue director de la Ítalo-Peruana de Seguros y de la Beneficencia Italiana. Conocí también por esos días a la madre de los Denegri, doña Carmen Luna Polo, de origen liberteño, de haciendas pacasmañas, «El Horneto» y «Catalina». Su hija segunda se llamaba también Carmen. Los otros, Guillermo, Augusto y Miguel eran menores. La señora, mujer bella, imponía respe-

to y tuve la impresión de que era la que metía en vereda a los muchachos. El tipo de Félix fue el más cercano al de su madre.

Aun cuando menor que Félix, era más amigo mío su hermano Roberto, quizá porque me seguía en deportes. Como su padre, era ya un gran conversador.

Félix para su edad tenía mediana estatura; castaño el cabello corto, mirada risueña y aspiraba a narigón. No era flaco entre flacos como sus hermanos: lucía tirando a «maceteadito». Más bien callado, pero observador y algo socarrón.

Un día que don Félix me hizo pasar a la casa pude ver los libros que Félix tenía en un armario: Julio Verne y Salgari casi completos; luego Marco Polo y libros de viajeros de una editora española de clásicos juveniles cuya firma no recuerdo. Sin embargo en esos momentos lo que más me impresionaba era la *Enciclopedia Espasa* que don Félix tenía. Alguna vez me serví de ella. Félix la manejaba con experiencia y encontraba fácilmente lo que se buscaba. Y fue así como empezamos a conversar.

Había en Barranco, sobre la avenida Grau y a un costado del mercado una librería atendida por propietario muy afable, gran amigo de Juan Ríos a la cual yo solía ir. Frecuentemente encontraba ahí al aún adolescente Félix. Cierta día al salir con él de la librería fui en pos de unos amigos, Tillit, que vivían cerca de la iglesia de San Francisco. Félix me mostró en la plaza algunas casas de construcción republicana, diciéndome quiénes vivían en ellas y deteniéndose ante una me dijo: aquí vive el poeta Eguren. Precisamente ese año de 1933, para final del curso nuestro excelente profesor de Literatura, el doctor José León y Bueno, nos había dado por tarea leer y escribir sobre algunos autores peruanos, tocándome a mí la poesía de Eguren... y le recité a Félix algo de la «oración de la cometa»:

Sube,
sube
la cometa
por la lírica nube
de la emoción secreta.

Como único comentario mi joven amigo expresó: «yo tengo el libro de poesías de Eguren».

Terminado el año 1933 saliendo del colegio me encontré con Félix. Llevaba con sus cuadernos un libro de Salgari, pero al despedirnos me contó que le habían regalado unos volúmenes de la *Historia Universal* de César Cantú.

Félix iba a cumplir catorce años. Seguía leyendo a Salgari, pero lo alternaba con clásicos de la Historia.

Fue la última vez que lo vi entonces.

Desde aquel momento que fue despedida, pasaron más de veinte años sin reencontrarme con Félix Denegri. Y es que yo desde mis días escolares había escogido un secreto camino. El timón de mis juveniles anhelos enrumbó hacia otras derrotas, que me hicieron vivir «legalmente» al margen de la ley. Fue un peregrinaje a veces doloroso, a veces alegre, con sensación de deber cumplido y durante el cual hubo muchos adioses... a la familia, a los amigos del colegio, a los del barrio, a los del club... En fin, una vida distinta a lo que se llamaba normalidad. A Roberto Denegri lo encontré sí, algunas veces, por los caminos de América y pocas en Lima. En los años del presidente Bustamante nos juntábamos y discutíamos o coincidíamos en política. Curiosamente, con quien más se acentuó mi juvenil amistad fue con don Félix. Ya andaba para viejo y yo para cuarentón. Nos reuníamos en la calle de Boza, en el Jockey Club donde paraban algunos compañeros míos. Por mis conversaciones con don Félix y con Roberto me enteré de la vida de Félix. Su padre hablaba de él con beneplácito; después de pasar por la Inmaculada, había sido muy buen alumno en la Universidad Católica y profesor; abogado con prestigio; funcionario de banca y piloto de empresas. Había cursado estudios en los Estados Unidos y ya tenía prestigio y muchos amigos fuera del Perú. Por aquellos años contrajo matrimonio y no tuvo que «sentar cabeza» pues la tenía bien puesta y con el sentido de mayorazgo que lo caracterizó siempre. Supe asimismo que en la casa de Chota había comenzado ya la gran biblioteca que Félix ha legado a la cultura del Perú.

Fue finalizando 1956 que los antiguos escolares nos reencontramos. Nuestra amistad renovada se fortaleció hasta su viaje final. Al margen de las altas categorías de su magisterio intelectual, sobre el que hay personalidades con mucha autoridad para decirlo, quiero solo referirme a dos aspectos en los que nuestro reencuentro descubrió una coincidencia, y que es también permanente lección dejada por Denegri: su emoción social y su integracionismo continental. Así como se ocupaba de la historia, *se preocupaba* de la vida actual de los peruanos y activó esfuerzos e instituciones orientadas a mejorarla. Y fue tenaz asimismo en el afán de crear auténtica hermandad entre nuestros países. Fue un apasionado luchador por la confirmación auténtica de los tratados de paz con el Ecuador y con Chile. Y porque esto era convicción y creencia en él, murió como se ha dicho, siendo un soldado de la paz.

Para Félix Denegri los objetivos por la unidad y la paz continentales no estaban reñidos con los derechos del Perú. Me consta personalmente.

Debo recordar, a propósito, que en 1981 cuando ocurrió el conflicto entre Ecuador y Perú, el presidente Belaunde me honró con la misión de visitar algunos gobiernos del continente llevando el mensaje defensor del Protocolo de Río y fue Félix Denegri quien me entregó toda la documentación, incluyendo mapas, con la que pude alegar entre cinco presidentes de la república y sus respectivos cancilleres. Diez años después, en las últimas situaciones semejantes

de 1991, me tocó presidir la delegación parlamentaria dirigida a los países garantes. Y otra vez fue Félix Denegri quien durante varios días nos ilustró con sus conocimientos, y con esa sabiduría que le permitía demostrar cómo lo que íbamos a sostener era no solo la línea histórica del Perú sino el camino de una paz justa, tal como lo expresa su libro *Perú y Ecuador: apuntes para la historia de una frontera*.

Estas líneas no pretenden ser siquiera una semblanza de Félix Denegri Luna. Son tan solo un puñado de recuerdos que quieren decir mi homenaje a su memoria.